

Anual, . . . . . 8 ptas'  
 Semestral, . . . . 4 "  
 Trimestral . . . . 2 "  
 0'15 ptas. número

Escolapía, 2. - 2.º

Periodico defensor de los intereses morales y materiales de esta  
 Se publicará todos los domingos.  
 NO ESTA AFILIADO A NINGUN PARTIDO POLITICO

Año XI.

Gerona 1 de Enero de 1928

Núm. 435

## SOCIEDAD DE NACIONES

### X Conclusión

Mientras no se revise el tratado de Versalles será un mito la ansiada paz. La paz es orden; el orden concierto de voluntades; la causa generativa de ese concierto de voluntades; la práctica de la justicia, estimada ya por la gentilidad como fundamental en la vida de los pueblos. La invasión de Alemania, aunque la estipule ese tratado, virtualmente muerto en este particular por Inglaterra y Estados Unidos es una injusticia dentro las normas del derecho internacional cristiano; y dado que no lo fuese, es un gravísimo error táctico, en las actuales circunstancias el mantenerlo por razones de seguridad, cuando no hay pretexto siquiera existiendo la Sociedad de Naciones. En tanto dure esa injusticia, lo que se llama paz actual será, y no puede ser de otra manera, una paz aparente pero no real; una paz ficticia, como impuesta por la violencia, pero de ningún modo aquella que brota del fondo de los corazones, que tan sólo puede dar de sí la realización del Derecho basado en los principios, no convencionales, sino eternos de la justicia.

Quien mantiene la intangibilidad de ese tratado, mantiene asimismo el principio perturbador. Luego manteniéndole Francia, como cosa sagrada, es ella la enemiga de la paz, y la responsable, por consiguiente, de las terribles consecuencias que de esa actitud se derivan. El culto supersticioso que sienta por el tratado, inconciliable de todo punto con las ansias generales de paz, le impone una política tortuosa cuyo resultado, como se dijo, será el descrédito y ruina consiguiente de la Sociedad de Naciones; una nueva guerra; un paso más en el camino de la decadencia; el recrudecimiento nacionalista en colonias y protectorados; el envalentonamiento asiático; y con él, posiblemente, el odio de razas; y para fin y remate el triunfo comunista.

¿Cuál es la causa de que Francia se precipite por una pendiente orizada de precipicios, sin tener en cuenta que puede arrastrar en pos

de sí a la Europa y aún al mundo civilizado? La idea errónea de patria. En Francia no hay más que franceses, dicen a una, y dicen muy bien, sus hombres públicos. Ojalá que España, imitándoles, sepa decir de una vez para siempre, dando de mano a todo resabio separatista, que en ella no hay más que españoles. Pero el mundo no es Francia, ni feudo siquiera de Francia: ni la Sociedad de Naciones ha de ser una sucursal del gobierno francés. Fuera de ella, en Europa, hay españoles, ingleses, italianos, belgas y hasta alemanes, que no nacieron ciertamente para ser ilotas. Si el pueblo francés ama con delirio a su patria, también los demás aman con ardor la suya, si exceptuamos, hablando de nuestro pueblo, el inclito pueblo español, los miserables que la traicionan con la máscara regionalista. Francia tiene deber de amarse y derecho a ser amada, es verdad; pero es menester no olvide que también tiene imperioso deber de estimar a los demás, aunque sean alemanes, como a sí misma.

Luego Roma al condenar la Acción Francesa, fanática y contumaz en mantener y propagar el error acerca la idea de patria, ha prestado un excelente servicio a la causa de la paz, que es lo mismo que decir a la causa de la Civilización. Y este es el pensamiento dominante de esta serie de artículos.

He aquí como un episodio al parecer insignificante y de interés puramente local, tiene una trascendencia extraordinaria en los tiempos presentes en que ese error viene trastornando el mundo político y de rechazo el mundo moral. Era menester que una vez autorizada impulsiera un alto a la corriente de nacionalismo ciego, mezquino, egoísta, inhumano, que hubiera precipitado, al impulso de pasiones insanas, unas naciones en contra de otras. Y esa voz augusta ha salido de donde debía salir: de la que inspirada por el Espíritu Santo viene a subvenir en todos tiempos las necesidades de los pueblos.

¿Cuál será el resultado de la intervención pontificia? Un buen síntoma aparece en el horizonte político. Francia va cediendo de su agresividad. Sea de nuestra parte el más entusiasta parabién. Ya no hay bárbaros junto a sus fronteras norteñas. El lenguaje comedido del noveno aniversario de la guerra es un indicio de reconciliación. ¿Será la presión de Inglaterra acreditando su fama de práctica? La condenación de Roma habrá facilitado su cometido. ¿Será que el oráculo de la verdad infiltrándose en el corazón tan sensible de los franceses habrá determinado esa resolución? Sin la condenación de Roma no hubiera cristalizado. De cualquier manera que sea, siempre será cierto que la Iglesia, invariablemente a la altura de su divina misión, ha removido el obstáculo que podía conducir el mundo a la barbarie.

Ojalá que el cese de hostilidades sea el principio de una sincera reconciliación, que devuelva a Europa la ansiada paz.

Lástima grande que el llamamiento de hoy tan sólo pueda hacerse en nombre del instinto de conservación.

Quiera Dios que en breve nos sea dado repetirlo a Europa y América en nombre de la Religión católica, cuya virtud intrínseca creó, conserva y mejorará hasta el término posible la civilización que disfrutan, y la asegurará contra el bolchevismo y todo otro invasor, aunque fuese el Asia, Africa y Oceanía quienes se levantaren en contra suya.

Cuando Europa y América sean católicas, serán invencibles; porque el Señor peleará por ellas.

Sus enemigos, si los hubiera, se verían forzados a repetir lo que dijo Faraón luchando contra los israelitas:

¡Huyamos!, ¡huyamos del nuevo pueblo de Dios, puesto que no es él quien combate, sino el Señor que combate por él en contra de nosotros!

Juan SOLANAS, pbro.

## ANTE SUCESOS RECIENTES

### El catalanismo político no es un ideal, sino una escuela de burdas habilidades

La reciente Exposición del Libro Catalán no podía tener, no debía tener, en buena lógica, y hasta por altos sentimientos de bien entendida nobleza, nada más que derivaciones culturales. Porque la razón es obvia: acogido en Madrid aquel concurso con hidalga y proverbial cortesía, y honrado incluso con las visitas de Su Majestad el Rey y del Gobierno, no debieron en ningún momento destacarse matices políticos, que culminaron en un banquete celebrado en el Palace.

No han sucedido, pues, las cosas como creíamos todos. Estamos ante un recrudecimiento pasajero, pero tendencioso y falaz, del catalanismo. No se disimula ahora con el ropaje sugestivo de «regionalismo sano». Se pone «las galas de la inteligencia». Y la clínica audacia de los pedantes, que pretenden monopolizar el talento y la cultural

habla de «personalidad nacional, del catalanismo». Nos la ofrecen «de momento» cordial y amistosa... Pero la recia y viril ciudadanía española, en las provincias catalanas sobre todo, conoce el truco plebeyo y la táctica mezquina... Es ya muy vieja la sirena. Alguien, con evidente sagacidad y acierto, estableció afinidades innegables entre la psicología del catalanista y el moro. En la historia del catalanismo no hay héroes ni mártires. No los hay porque el catalanismo político, precursor del separatismo, no es un ideal, sino una escuela de habilidades, que sirvió de trampolín a los vivos y de señuelo a los incautos.

Una propaganda, sin contenido ideal, ilegítima en sus orígenes, cobarde siempre en su desenvolvimiento, no puede encontrar eco en el corazón de hombres de pensamiento. Pero quiere aparecer en ese

